

## **TODO EL MUNDO LEERÁ LO QUE LEE TODO EL MUNDO**

Por Juan Manuel García Ramos

Uno lee con asiduidad a los columnistas periodísticos domingueros no tanto por el interés que le despiertan sus argumentos, sino, más bien, por descubrir sus estrategias para decir algo nuevo en un mundo en el que parece estar todo dicho.

En ese sentido, entro en los párrafos de Almudena Grandes de este domingo último de abril y me detengo en una reflexión certera sobre el rumbo que desde hace muchos años ha tomado la literatura: debido a las estrategias industriales editoriales y a la amenaza de la digitalización progresiva de textos destinada a los ebooks, sólo los best-sellers prevalecerán por encima de las cenizas de aquellos libros que nunca fueron escritos para el consumo multitudinario sino para honrar a la mera palabra creadora.

Consuela pensar que existen en la actualidad diques a esa corriente generalizada de best-sellerización del mundo lector, como la librería Lello & Irmão, de la bella Oporto, donde los libros superventas han sido erradicados de sus anaqueles y mesas de exposición y sólo se ofertan títulos de pequeñas editoriales dedicadas al rescate de los clásicos y a favorecer, con cierto y arriesgado criterio, la publicación de autores noveles desprovistos de los anhelos de los triunfadores del mercado.

Tenemos que seguir creyendo en el libro que tiene algo que decirnos por encima de las modas de las catedrales góticas, del guerracivilismo español o de la empalagosa autoficción, el último grito de los catálogos multinacionales. Como apuntaba el búlgaro-francés Tzvetan Todorov, invitado de honor en CajaCanarias hace apenas una semana, los libros que vienen a descubrirnos algo nuevo, a presentarnos personajes desconocidos, terminan por ampliarnos nuestros horizontes existenciales, por enriquecer nuestro universo mental. Esos

libros abren en nuestra conciencia nuevas maneras de ser y las suman a las ya anteriormente adquiridas. Como precisa el mismo Todorov: este tipo de aprendizaje no cambia el contenido de nuestra mente, sino el propio continente; no las cosas que percibimos, sino el aparato de percepción. Lo que las novelas, por ejemplo, nos ofrecen no es un saber original, sino una nueva capacidad de comunicación con seres diferentes a nosotros.

Alegra oírle decir o leerle estas cosas a un tipo como Tzvetan Todorov, del que tuvimos noticia por primera vez hace muchos años como gran gurú del estructuralismo académico, aquella doctrina que reparaba antes en los andamios que habían hecho posible una obra literaria que en la obra literaria misma. Alegra comprobar cómo Todorov ha sufrido tantas y tan fecundas mutaciones profesionales, las que lo han hecho pasar del dogmático lingüista y teórico de la literatura de sus primeros pasos, al historiador de la conquista de América, al crítico de arte que nos introduce en la pintura flamenca del Renacimiento, al filósofo que nos redescubre la Ilustración, al analista político de nuestra más recalcitrante y desquiciada actualidad, y todo ello con el mismo rigor y la misma competencia de siempre. Un sabio en todo el sentido de esa infrecuente palabra.

Voces como las de Todorov nos advierten de los nuevos peligros: la globalización tecnológica, económica, comercial, intenta también establecer un pensamiento único a través de las políticas editoriales. Todo parece dispuesto a hacernos leer lo que lee todo el mundo. En ese objetivo coinciden los suplementos literarios de los grandes periódicos, las revistas del ramo, los programas radiofónicos o televisivos dedicados al mundo de las letras, las listas fraudulentas de los libros más vendidos. O participas del sistema o te caes del sistema.

Un día antes de comparecer en el salón de actos de CajaCanarias el citado Tzvetan Todorov y el pensador argelino nacionalizado francés, Sami Naïr, coordinados ambos por Juan Cruz -quien facilitó, desde su campechanía y amistad con los protagonistas, la fluidez de un jugoso diálogo-, tuvimos la oportunidad de presentar en sociedad, junto al profesor, crítico y narrador Daniel Duque, una nueva novela canaria.

Se trataba de una obra de Alberto Omar Walls: *Inmenso olvido*, incluida en la colección La Caja Literaria, una colección selecta nacida en 1995 que ya cuenta con treinta y un títulos donde figuran desde autores canónicos de nuestra literatura, como Domingo Pérez Minik, Alejandro Cioranescu, Rafael Arozarena, Isaac de Vega o Arturo Maccanti, hasta autores con trayectorias consolidadas, como el mismo Alberto Omar, el mencionado Juan Cruz, Ángel Sánchez, Luis Alemany, Víctor

Ramírez, y autores más jóvenes como Bruno Mesa, Cecilia Domínguez Luis, Anelio Rodríguez Concepción, Víctor Álamo de la Rosa, Iván Cabrera Cartaya, Francisco Quevedo...

Esa novela de Alberto Omar, cuyo primer título era *Violento diario*, vendría a ser un buen ejemplo de esa otra literatura alternativa al best-sellerismo padecido desde hace demasiado tiempo, casi desde que pensamos en la existencia de una literatura canaria autorizada a ingresarnos en lo universal; una manera de contarnos y de proyectarnos en la escritura, incluso para poner en duda la oportunidad o inoportunidad de esa escritura. Y así como existe una literatura canaria que se viabiliza a través de colecciones como La Caja Literaria y de otras pequeñas editoriales, existirán otras cien literaturas que tienen mucho que decirnos sobre la cifra de lo humano, sobre los misterios de toda existencia, sobre los placeres y los días que vertebran la vida en este planeta dejado de la mano de Dios.

Al ser preguntado por Juan Cruz en CajaCanarias sobre el papel que le correspondía a la literatura en un tiempo tan convulso como el actual, Tzvetan Todorov contestó que la literatura tiene la capacidad de introducirnos en otros espíritus, y Sami Naïr, a la misma pregunta, respondió que el espacio de la literatura es tan rico porque es el espacio de la sensibilidad en general y no el de los meros conceptos.

Querámoslo o no, nos dirigimos a un mundo multipolar, donde todas las diversidades serán respetadas, por supuesto las diversidades metafóricas que representan las distintas literaturas terrenales, entre ellas la literatura canaria que rememoramos con la última narración de Alberto Omar los muchos asistentes a su acto de presentación. Sabíamos que Alberto era muy querido por nuestra sociedad literaria, pero no tanto.

En la programación cultural de esa semana dejada atrás, nos satisfizo mucho esa combinación de promocionar la cultura que generamos los canarios al mismo tiempo de permeabilizarnos al pensamiento externo. Diálogo generoso y en pie de igualdad de maneras de proceder algo al margen del pensamiento único y unidireccional que las empresas multinacionales tratan de imponer a todos los pueblos de la tierra.

Diario de Avisos  
domingo 02 de mayo de 2010  
Opinión. Atlántica